LA DAHLIA,

LA VIOLETA Y LA MUJER.

A LA SEÑORITA ANA HEAVEN.

Osténtase orgullosa en los jardines
La dahlia de magníficos colores,
La vista deslumbrando con su brillo
Y su graciosa forma:

Fácil el hombre al entusiasmo ardiente
Juzga verdad, lo que apariencia es solo,
Y al verla tan hermosa, la proclama
La Reina de las flores.

Con mano osada arranca de su tallo
A la orgullosa flor, buscando en ella
Su aroma, que es el alma de las flores,
Y la encuentra inodora:

Su error el juicio advierte á los sentidos;
Sigue el desprecio al desengaño amargo,
Y el que juzgola, en su entusiasmo, Reina,
La deja, ó la destroza....

Besando el pié de la orgullosa dahlia,
Se oculta entre sus hojas verdinegras
Modesta la violeta, como vírgen
De pudorosa frente:

No es vivo su color, ni hay en su forma
La pompa y gracia que la vista atraen;
No fascina su brillo, y el que pasa
Junto á ella, la desprecia;

Mas percíbese luego dulce aroma
Que deleita el olfato blandamente,
Y busca, quien le goza, con empeño,
La flor de donde emana:

Se llega á la violeta, y se respira
Con embriaguez su delicada esencia,
Se arranca de su tallo con ternura,
Se lleva como en triunfo,

Y se coloca en el retrete amado,
En vaso de oro, ó de cristal luciente,
Y se goza al mirárla, y sufre el alma
Si la flor se marchita.

Así es de la mujer: si la hermosura
No va unida á la gracia y al talento,
Codiciada será como la dahlia;
Mas su fin será el suyo.

No así cuando el talento y las virtudes
Formen su bello y perdurable lauro;
Cual la violeta entónces será amada,
Y como ella sentida.

A HORACIO.

Exegi monumentum ære perennius
.....
Non omnis moriar; multaque pars mei
Vitabit Libitinam.
HORAT.

Tú de los líricos de Roma clásica
Augusto príncipe, tú que en tus cánticos
Con frente impávida, tocaste rápido
Los astros fúlgidos, Horacio, inspírame,
Y al pecho infúndele el estro férvido,
Con que del ínclito, Mecénas, próvido,
Con plectro armónico, moviste el ánimo;
Benigno préstame los sones mágicos
Del verso eólio, con que dulcísimo,
De Pirra pérfida, de Lice fívola,
De Lidia lúbrica, de tierna Fílida,
Tindáris cándida y Cloe tímida
Cantaste en sáficos las gracias célicas;

O dame el ímpetu, con que elevándote,
Cual audaz águila, pulsas la olímpica
Lira de Píndaro, y á Roma atónita
La ira de Júpiter dices enérgico;
Y osado alzándome con vuelo rápido,
Tus glorias ínclitas diré á los pósteros,
Cuando en las márgenes del ruidoso Aúfide,
O en los de Tívoli, arroyos límpidos,
Bajo las bóvedas de encina y plátanos,
La sien ornábaste de acantos húmedos,
De yedra y pámpanos; y en grato círculo
De amigos íntimos, ó ya con tímidas
Mujeres cándidas, abriendo el ánfora
Del viejo Cécubo, con lira ebúrnea
Cantabas, trémulo de dicha y júbilo,
Los goces puros de medianía áurea,
Y ya enseñábasles la dicha práctica
Que ahuyenta el tédio de vida efímera,
O á amar moviéndolas, tu ardor poético
De amor pintábales los dulces éxtasis,
Loando á Júpiter, ó al Dios del Piélago,
O á Diana púdica, ó á Marte impávido,
O á Apolo délfico, ó á Vénus lúbrica,
O ya á Melpómene, á quien debístele

Los dones óptimos que te hacen célebre.
¡Oh gran filósofo, vate clarísimo!
Tus versos fáciles, tus dulces máximas,
A ardientes jóvenes y á viejos trémulos,
Han inspirádoles amor purísimo
Al arte mágico que mueve el ánimo,
Gustar haciéndole delicias plácidas;
Que halla en tus cánticos y finas sátiras
El jóven frívolo consejos útiles,
Y en tus epístolas el viejo ríjido
El dulce bálsamo de vida mísera....
Cual tú anunciástelo, con voz profética,
No has muerto ¡oh vástago de estirpe olímpica;
Vive tu mágico nombre en tus páginas,
Que han respetádolas las llúvias ávidas,
Del cierzo el ímpetu y el tiempo rápido;
Y tu gloria ínclita brilla magnífica,
Aunque no asciende ya con el Pontífice
Al Capitólio la Vestal púdica:
No solo viste tú las sirtes géticas,
O las del Bósforo mugientes márgenes;
No solo aprendense, allá en la indómita
Cólcos, tus cánticos, ó en las del Aúfide,
Ebro y Borístenes, Danubio y Ródano,

Tíber y Támesis riberas húmedas;
Tu fama póstuma no solo exáltase,
Allá en los áridos campos do Dáuno,
De pueblos rústicos domó los ánimos,
Que allá en las épocas en que el ibérico
Ardor lanzábase, pasando el trópico,
En pos de auríferas regiones mágicas,
Los mares férvidos cruzaste rápido,
Y acá en los plácidos valles y vírgenes
Bosques de América, sonó tu cítara;
Y aquí en las márgenes de los bellísimos
Lagos de México y en los del Niágara,
Plata y Orínoco, su eco repítese;
Y el mundo atónito te aplaude unánime,
Que de los líricos serás tú el príncipe,
Miéntras las Pléyadas y Orion vivísimo
Lancen magníficos, de la azul bóveda,
Sus luces fúlgidas, y el Sol flamígero
Fecunde próvido los valles fértiles,
De Asia y América, de Europa y África.

A GARIBALDI.

Quin hortante Deo magnis insistere rebus
Incipe; non iidem tibi sint aliisque triumphi.
TIBULL.— PANEGYRICUS AD MESSALAM.

Sopla benigno, y á seguro puerto
Conduce ¡oh viento! la dichosa nave
Que lleva la esperanza de la Italia,
Por entre el hondo piélago;

Que Bóreas fiero encadenado gima
Entre las rocas de los Alpes frios,
Y el Noto ardiente y tormentoso duerma
En las líbicas playas,

En tanto que ella la ribera gana
De la Trinacria, como el Etna ardiente,
Y evita los escollos peligrosos
De Scila y de Caríbdis.

Tal vez del Mundo el porvenir se encierra
En esa nave, que gobierna osado
El que domó en Varesa, y Bresa(*) y Como
La tudesca pujanza.

Espantados, al verla, los tiranos
Sienten crugir sus vacilantes tronos,
Y al mirarla los pueblos, palmotean
Embriagados de júbilo....

Mas ay! que desde léjos la descubren,
Cual milanos rapaces, los ilotas
Que embruteció el Borbon entre sus hierros,
Y la siguen de cerca;

Y á darle caza y á abordarla corren,
Para cortar las alas poderosas
Del Gran Libertador, que las Naciones
Atónitas contemplan.

Presto, virad, virad que la ribera
Salvadora está cerca, y Dios proteje
La causa de los pueblos oprimidos
Contra feroces déspotas:

(*) Brescia

De la nave pasad á la lijera
Lancha; que acude el enemigo rápido....
Todos saltan á tierra... ¡oh Dios! la Italia
Quebrantará su yugo.

Él, Garibaldi, con serena frente
Fija el postrero en la movible arena
La firme planta; y al tocar el suelo,
Que hará feliz y libre,

Despliega al aire el pabellon sagrado
Que Independencia y Libertad anuncia,
Y se agrupan bajo él el alto prócer,
Y el humilde pechero:

Deja el arado el labrador; la rueca
La tímida aldeana; sus placeres
El muelle cortesano, y sus tesoros
La opulenta matrona:

En plomo y hierro se convierte el oro;
Brilla la espada, el arcabuz humea,
Crujen los carros, el cañon retumba,
Y ríndese Palermo;

Y el Mundo aplaude, y Garibaldi se alza
Mas grande que los héroes de Plutarco;
Y al mirarle, espantadas se estremecen,
Viena, Roma y Parténope.

LAS ESTACIONES.

A MI ESPOSA TERESA MARQUEZ.

El invierno entretiene
La opinion del verano,
Y un tiempo sirve al otro de templanza;
El bien de la esperanza
Solo quedóle al suelo,
Cuando todos huyeron para el cielo.

LUPERCIO L. DE ARGENSOLA.—CANCION.

LA PRIMAVERA.

Cercana al horizonte
La brilladora estrella matutina
Va á trasponer el monte,
La alondra dulce trina,
Y revuela la inquieta golondrina.

Deja, Teresa, el lecho,
Y ven á saludar la ave viajera,
Que en amigable techo
Su nido, placentera
Busca al volver la dulce primavera.